

DOCUMENTOS





MER GLACIALE

E

RÉSIE ASIATIQUE

TARTARIE CHINOISE

CHINE

R. DES HAREAS

DES ELEPHES

INDES

Oremburg

Krasnojarsk

Toms

Longata

Mer de Kamichatka

Assow

USBEK

Samarcand

Choton

Lahor

Agra

Asmer

Pana

Meliapour

Araacan

I. Bombaun

Golconde

Pondichery

Tenasserim

I. de Ceylan

Calicut

Cochin

Comorin

I. Maldives

Sumatra

Borneo

Borneo

Selleber

I. Moluques

I. de la Sonde

Java

I. Philippines

Mannille

I. Gilolo

Panlog

I. de Halnan

I. Marianes

I. de la Sonde

I. de la Sonde

MER DES

Equateur

I. Maldives

I. Maldives

I. Maldives

I. Maldives

I. Maldives

I. Maldives

MER

El Asia: Una visión histórica y geopolítica¹

Kaldone G. Nweihed

Doy las gracias a la Comisión Permanente de Política Exterior de la Cámara de Diputados, en la persona de su Presidente, por su amable invitación a dictar la conferencia del rubro en este importante Foro, *Venezuela y Asia: Un camino por hacer*. No es nada fácil hablar del Asia en tan corto tiempo, satisfaciendo los extremos del título de esta intervención. No me queda más que tratar el tema a vuelo de pájaro, o mejor dicho, a vuelo de halcón en los desiertos asiáticos o a vuelo de cóndor en los páramos andinos.

Retomando el pensamiento del gran biógrafo contemporáneo de las civilizaciones, Fernan Braudel, al plantear el enigma del ¿por qué Europa?, sería oportuno preguntar ¿por qué Asia? No pienso que sea por la coyuntura de la actual crisis, más bien por creer que ya es hora de legitimar y fundamentar la interrogante: ¿por qué Asia? Cuando de Europa se trata, se citan ciertos hitos como el núcleo germinal de Occidente, el predominio de su historicidad, el Estado moderno, la autoría del primer Circuito Económico Planetario y el haber sido Europa la autora de los paradigmas y las ideologías: Todo esto puede ser muy cierto, pero todo está, al mismo tiempo, ligado a la precedencia de la idea de una historicidad indisolublemente compartida con Asia, o con alguna de sus macrorregiones o macroculturas.

En efecto, antes del descubrimiento de América la historia universal no fue más que la historia de Europa y Asia en conjunto, no sin agregarle la del escenario de África del Norte en torno a la costa sur del mar Medite-

1 Conferencia dada en el marco del Foro “Venezuela y Asia. Un camino por hacer”. Congreso Nacional. Comisión Permanente de Política Exterior, Cámara de Diputados, Caracas 26 y 27 de febrero de 1998 (invitación del diputado Paciano Padrón, *Mundo Nuevo*, No. 79/80, enero-junio de 1998, p. 214).

rráneo. Para la geografía física y hablando en términos geomorfológicos, al conjunto Asia/Europa se le llama Eurasia, aunque el término carezca aparentemente y a simple vista, de un sentido global en términos de la geografía humana, no siendo mucho lo que Eurasia podrá decir a la geografía política.

Apartando el hecho anecdótico de que el vocablo *Asia* proviene de la palabra asiria *asu* (naciente del sol), y la de Europa de *erbe* (poniente del sol), y sin menoscabo de la leyenda que vincula el nombre del continente *Europa* a la hija del rey fenicio Cadmo, soberano de Sidón, la cual fue raptada por Zeus y llevada a la Hélade (rpto de una doncella asiática por el hombre europeo), para el estudioso de la geohistoria queda el hecho obvio de que ambos componentes continentales están constituidos por penínsulas e islas y archipiélagos que le dan una forma múltipoda. No obstante, mientras las penínsulas e islas europeas terminan siendo incubadoras de Estados nacionales, las macropenínsulas asiáticas, así como las islas y archipiélagos satélites, darían lugar al crecimiento de macroculturas bajo el sello de una religión u orden ético-filosófico. Es sorprendente observar cómo las formas de diferenciación ético-religiosas en Asia, y político-nacionales en Europa, se hallan identificadas con, y calzadas sobre, el espacio geográfico de una península saliente o de una formación insular adyacente.

De modo que, antes de identificar las divisiones del Asia por sus macropenínsulas o subregiones sobresalientes, tal vez sea más adecuado abordar el examen del Asia a través del prisma eurásico; el conjunto en el cual la hermana mayor, que fue el Asia, se quedó literal y figuradamente vistiendo santos, mientras que la hermana menor, Europa, desposaba el océano para procrear un nuevo mundo: las Américas, el cabo de Sudáfrica, Australia, y el resto de Oceanía. Unión simbolizada en la ceremonia de la boda de Venecia con el mar Adriático y el lanzamiento al agua de su anillo de compromiso. Esta imagen del conjunto eurásico nos revela un espacio geohistórico entre bandas horizontales, ubicadas aproximadamente entre latitudes 20° y 50° norte, lo contrario va desde Alaska hasta la Patagonia. El espacio eurásico se germinó en la región que el geógrafo inglés McKinder desde 1904 denomina *La Región de los Cinco Mares*: El Mediterráneo oriental, el mar Rojo, el golfo Árabe-Pérsico, el mar Caspio y el mar Negro. Esta inmensa región eurásica creó sendos mecanismos de expansión talasocrático, es decir, por vía de la interactuación entre costas de un espacio marítimo común, por el lado occidental, potencialmente orientado hacia el Atlántico, a lo largo y ancho del mar Mediterráneo, y por el flanco oriental, potencialmente orientado hacia el océano Pacífico, a lo largo y ancho del océano Indico. La región de los Cinco Mares servía de puente necesario entre ambos espacios

talasocráticos durante todos los siglos vividos por la humanidad, hasta el descubrimiento de América por el navegante occidental y la subsiguiente síntesis geográfica del globo terráqueo.

Por el Mediterráneo fueron los navegantes fenicios, oriundos de la costa occidental del Asia Menor, los que abrieron los horizontes talasocráticos, seguidos por griegos y romanos. El océano Indico, como es de esperarse, fue un teatro de operaciones marítimas organizadas por asiáticos en distintas direcciones, sobre todo cuando los malayos descubrieron el ciclo de vientos monzónicos que les permitía viajar hacia la India en una estación y regresar en otra. Los malayos fueron los “descubridores” de la gran isla de Madagascar a la vera del África, siendo la población de dicha isla hasta el día de hoy de componentes étnicos malayos en su costa y vertiente oriental. Por su lado, los árabes de Hadramaut llegaron hasta Indonesia y el sur de las Filipinas, en tanto sus coterráneos del golfo de Omán, acompañados por persas de la ciudad de Shiraz, navegaron por la ruta opuesta, hasta la costa oriental del África, para fundar las prósperas ciudades mercantiles de Zanzíbar, Kilwa y la costa llamada de los Zindg. Mucho antes, la civilización hindú había transmontado la bahía de Bengala y los mares del sur para fundar epígonos en Indochina, como Funan, Champa y Angkor, además de la exuberante isla de Balí en Indonesia.

Cuando Europa y Asia comienzan a rivalizar por la hegemonía en el conjunto eurásico, Europa se lanza al mar doblando el cabo de Buena Esperanza para hacer acto de presencia en el corazón del océano Índico. Pareciera que no sólo Adam Smith ha manejado la idea de que la economía es movida por una mano invisible, pues la geopolítica también parece obrar en los vericuetos de lo invisible. Prueba de ello es que apenas aparecieron los que, en el Asia Occidental, serían los tres imperios musulmanes, como fueran el persa safavida (1501), el turco otomano en el Medio Oriente y Noráfrica (1indostaní en torno a 1517), y el imperio Mogol de la India (1526), asimismo, no tardó en formarse un poderío hindostaní en torno a la Confederación de los Maharata. El cierre de este episodio se verifica con el regreso de su vuelta alrededor del mundo de Juan Sebastián Elcano, vasco heredero y continuador de la empresa circunnavegante de Magallanes, y portador de la divisa honorífica *Primis Circumdediste Me*. Eleano, al tocar tierra en la isla moluqueña de Tidore, se encontró con su gobernante llamado Almanzor, tocayo de aquel cordobés que, quinientos años hacía, le recordaba a España la presencia del espíritu y del cuerpo moro islámico en Andalucía. Aquella versión del Asia musulmana se mecía en una gran hamaca desde el Almanzor cordobés hasta un Almanzor moluqueño, con medio mundo entre

ambos. La empresa marítima de Europa hubo de sellar la suerte del gran componente asiático, el cual había dominado el escenario mientras operaba la ruta de la seda, desde Xian en China hasta Antioquía en Siria. Cuando el dominio pasó al mar, y por ende a Europa, todo el escenario tuvo que sufrir un vuelco total. Ahora será Europa la que establezca el llamado primer Circuito Económico Planetario en el eje Italia/China, el cual consistía en la inversión, por parte de la banca de Génova y de Venecia, de la plata que se encontraba en España procedente de sus colonias o provincias americanas para canalizarla hacia China a cambio de seda, porcelana y manufacturas. La historia se repite en símbolos: Venecia fue el primer poder cristiano en establecer relaciones mercantiles con los musulmanes; su ahijada de nombre Venezuela, lo haría a través de la OPEP.

El Segundo Circuito Económico Planetario surge en la era postnapoleónica después de que el buque a vapor haya sustituido al velero, y la era del acero, y luego la de la electricidad hayan roto diques de resistencia de casi todos los imperios asiáticos, de una forma o de otra, para someter el Asia a la explotación colono-imperialista. Como epígono de ese circuito, cuyo epicentro se encontraba en Londres y giraba en torno a los puertos del mar del Norte, abriendo eventualmente el canal de Suez entre Europa y Asia, cabe mencionar la llegada de los primeros emisarios navales estadounidenses al Japón, nación archipelágica que, en lugar de dejarse dominar por Occidente, prefirió más bien escribir su propio libro de modernización y eventual industrialización, como caso único sobre la faz del planeta.

Para estudiar el Asia como divisiones o macroculturas, trillando el camino opuesto de individualizar en lugar de sumar, el estudioso no puede obviar el efecto de la geografía física del continente asiático sobre su geografía política. Cualquier mapa físico nos revela, además del obvio impacto de las macropenínsulas y guirnalda de islas y archipiélagos satélites, el predominio de la orografía asiática, a veces surcada por inmensos ríos y valles, y otras veces distanciada por desiertos casi imposibles. Es importante observar cómo el famoso nudo Pamir en el centro, separa las inmensas llanuras frías del norte, del sistema de macropenínsulas e islas satélites que pende desde el cinturón meridional, desde Anatolia, Arabia, Persia, India, Indochina, Indonesia, Filipinas, China, Corea, Japón, y por último las desoladas penínsulas de Kamchatea y Anadyr, ya rozando el estrecho de Bering.

Si en Europa tiene sentido hablar de sus distintas regiones en términos de las cuatro direcciones cardinales y del centro (Europa Occidental, Europa del Sur, Europa del Norte, Europa Oriental, Europa Central), en Asia tales dimensiones tienen poco sentido. Tal vez el Asia Central sea la única región

así denominada que evoque el pasado de la antigua Transoxiana de los clásicos y del príncipe Igor de Borodin; todas las demás denominaciones geográficas son de cuño reciente. Si bien el término *Sudeste asiático* ha surgido para denominar aquel escenario de enfrentamientos entre Este y Oeste durante la Guerra Fría, poco nos dicen acerca de lo geohistórico y cultural términos como Asia del Norte, Asia del Oeste, Asia del Sur, Asia del Este. Si bien es verdad que la equivalente asiática de la CEPAL, por el lado occidental, se denomina *Asia Oeste* y que el *Sur Asiático* sugiere el escenario marítimo-subcontinental de la India y sus vecinos, la diferenciación geohistórica más común será la que habla del Cercano Oriente, el Medio Oriente y el Lejano Oriente. Al fin y al cabo, la voz *Asia* no dice más que “al oriente del sol”.

Quizás una manera muy general de dividir el Asia culturalmente a efectos de comprender su comportamiento, sería lo que devuelve sus orígenes a dos vertientes principales de inspiración ético-religiosa, como son las regiones dominadas por las tres religiones monoteístas de origen semita, nacidas en el extremo occidental del Asia, también llamado el Asia Menor: el judaísmo y el cristianismo en la antigua tierra de Canaan (Israel y Palestina), en tanto fue la península arábiga, en su gran inmensidad desértica, la cuna del islam. El judaísmo es hoy por hoy una religión universal y, aunque en minorías, se encuentran sus adeptos en una gran parte del globo terráqueo, sobre todo en los centros urbanos de Occidente y en Israel. El cristianismo dejó de ser una religión autóctonamente asiática en su lugar de origen (excepto en el Líbano, y los países adyacentes del Cercano Oriente), para convertirse en la religión eje del mundo occidental, tanto en Europa como en América y Oceanía. No obstante, en dos vertientes distintas y por dos vías diferentes, el cristianismo español navegando sobre el Pacífico desde Acapulco, se asienta en las Filipinas a partir del siglo XVI, en tanto que por vía de los exploradores *Promyshlenniki* avanza el cristianismo ruso sobre la inmensidad de Siberia, bajo el santo signo de la Iglesia ortodoxa desde San Petersburgo y Moscú hasta Vladivostok y Alaska. En cuanto al islam, éste sí se convierte en la típica religión y sistema social de gran parte de Asia y otra gran parte del África. El Islam se instala en la península de Anatolia (Turquía) a partir del siglo XIV, habiéndose sedimentado con su versión chiíta en Persia y parte de la India. Arrolla lo que hoy es Afganistán y las repúblicas del Asia Central, rivaliza con el hinduismo en su propia cuna, la India y, por vía marítima alcanza Indonesia, Malaya, el sur de Filipinas y parte de la China.

En cuanto a la segunda vertiente de carácter ético-religioso que predomina en el Asia, se trata de aquellas macroculturas y sistemas éticos-

religiosos surgidos de la contemplación filosofada del mundo, como lo son las macroculturas hindú, budista, taoísta, confuciana, shintoísta y otras de menor categoría ligadas a lo que una autora hindú, Santa Rama Rau, escribiendo en los años cuarenta, calificaría como el *Asia Solidaria*.

Tal vez sea más accesible percibir al primer grupo (sistema mono-teísta), como los creyentes en el Dios que se revela a sus criaturas y por lo tanto los ha buscado como el buen pastor al rebaño; el otro grupo corresponde al sistema en que el individuo es quien busca al Creador a través de la elevación espiritual filosofada. En este grupo el hinduismo, en cuanto el pensamiento religioso más antiguo de la tierra, nació a orillas de los ríos sagrados de la India, donde sigue siendo el orden social predominante, sobre todo en el Sur. Como ya se ha acotado, el hinduismo penetró con sus armas culturales y espirituales las costas de Indochina e Indonesia, para replegarse más adelante a su propio bastión en el subcontinente indostaní, ante la competencia del budismo.

Este nuevo orden ético-religioso nace en el norte de la India, pero no se afianza en dicha península, al encontrar refugio y suelo fértil más adelante en Ceilán y el sureste asiático (Tailandia, Birmania, Laos, Camboya, Vietnam), en su versión conocida como *hinayana* (pequeño vehículo), en tanto logra asentarse en China, Mongolia, Corea y Japón, esta vez en la versión conocida como *mahayana* (gran vehículo). En el Tíbet se desarrolla una versión monástica del budismo mahayana, conocida como lamaísmo. Los historiadores clásicos dejaron constancia del encuentro cultural entre las fuerzas del helenismo enfiladas hacia el Asia por Alejandro Magno y sus sucesores, al arribar a los lindes exteriores occidentales del budismo mahayana, dando lugar al nacimiento del llamado arte greco-budista. En cuanto a la China, se sabe que en su inmensidad convive el taoísmo con el orden social confuciano. Es importante recordar que los tres grandes reformadores de la llamada Asia solidaria: Buda, Confucio y Lao-Tse, vivieron en una era que los haría históricamente contemporáneos. De modo que por algo en Occidente se dice que el chino actúa como confuciano, piensa como taoísta y ora en un templo budista. En síntesis, se trata del bien equilibrado sincretismo chino.

Algo parecido sucedió en Japón en cuanto al sincretismo nipón que comparte la profunda reverencia al Buda de Kamakura con las prácticas y costumbres ancestrales del orden *shinto*. En Japón también se practica el Budismo contemplativo de la secta Zen.

Comprender el comportamiento y mentalidad del Asia, constituye una ardua tarea que pasará necesariamente por la comprensión de sus

macroculturas ético-religiosas. Si alguna campaña de proselitismo político occidental ha podido modificar el mobiliario cotidiano de esa gran mansión policromática del mundo asiático, de ninguna manera ha podido mover sus estructuras. Para concluir, y no sin tono poético, varios nombres de la toponimia asiática suelen contener un sentido semántico de la belleza. Por ejemplo, Corea o Korea significa *el País de la Mañana Tranquila*, la ciudad de Amritsar en la India es *Alberca de Nácar*. Ar Riadh en Arabia Saudita significa *Los Jardines*. Alma Ata en Uzbekistan, es la *Ciudad del Manzanar*; Ulan Bator en Mongolia, *Ciudad del Jinete Rojo*; Seringapatam en el sur de la India, antigua capital del célebre Tipu Sultán, muerto por los ingleses hace 200 años, significa *Puerta del Dueño del Mundo*.

Hace pocos días otro pretendiente al dominio del mundo se acercó a las puertas de un país asiático desde el Golfo Pérsico, amenazando con la destrucción y con la muerte. Gracias a Dios que no lo hizo. ¿Cuándo comprenderá la humanidad que el dominio del mundo no está en el poder político o militar, sino más bien en el corazón de los hombres y en la voluntad de una convivencia pacífica a que toda la humanidad aspira?

Será la paz que un día brotó de la conciencia de los primeros sabios hindúes a las orillas del eterno Ganges, allá en la imperecedera India. Entonces, para conocer el Asia se requiere de un cambio radical de cosmovisión y de otra percepción de las realidades humanas.

HUMANIA DEL SUR

<http://erevistas.saber.ula.ve/humaniadelsur/>
<http://www.human.ula.ve/ceaa/>